

Dicen que la zorra y el lobo se casaron una vez. Al día siguiente de la boda dice el lobo:

—No sé yo si he hecho bien en casarme contigo, que me han dicho las lobas que las zorras sois demasiado listas. Sé que me vas a engañar.

—No te engañe, hombre —dijo la zorra—. Ahora que estamos casados, ya no te engañaré más.

Lo primero que hicieron juntos fue ir a un colmenar y entre los dos llenaron una olla de miel.

—La guardaremos para el carnaval —dijo el lobo, y metió la olla en el hueco de un roble.

Pero a los pocos días a la zorra le entraron ganas de comer miel, y le dice al lobo:

—Una amiga mía ha parido una raposina y me ha invitado al bautizo.

—¡Qué bien! —dijo el lobo—. Yo voy contigo.

—Eso no puede ser, hombre —dijo la zorra—. A las bodas y a los bautizos no van más que los invitados. Pero no te preocupes, que yo te traeré algún huesecito.

Conque se puso la zorra bien guapa y, claro, derechita al roble donde tenían guardada la olla de miel. Le pegó un toque que la dejó bastante más que empezada. Luego regresó a su casa muy contenta y relamiéndose de gusto.

—Vaya, mujer, vaya. Bien se nota cómo te has puesto —dijo el lobo—. ¿Y mi huesecito?

—¡Ah, caramba! Se me olvidó. ¡Qué mala memoria tengo!

—¿Y qué nombre le pusieron a la raposina?

La zorra se quedó un momento pensando y dice:

—Le hemos puesto «Empecéla».

—¡Qué nombres más raros usáis los zorros! —comentó el lobo.

Pasaron otros cuantos días y a la zorra le entraron unas ganas tremendas de volver al roble. Va y le dice al lobo:

—Resulta que otra de mis amigas ha parido también y me ha invitado al bautizo.

—¡Qué suerte tienes! ¿Y no podré ir yo?

—No me parece bien, hombre. Sólo me han invitado a mí. Pero descuida, que esta vez te traeré un buen hueso.

Se fue la zorra, y otra vez derecha al roble. Sacó la olla y le pegó otro tiento que la dejó temblando. Volvió a su casa, relamiéndose, y le dice el lobo:

—¡Menudo banquete te habrás pegado! ¿Y mi hueso?

—¡Qué contrariedad! —dijo la zorra—. Ya lo tenía preparado para cogerlo, pero, como no dejaban de mirarme, me dio vergüenza y allí lo he tenido que dejar. Pero no te preocupes, que vendrán más bautizos.'

—¡Si que es mala suerte! —dijo el lobo—. ¿Y cómo le habéis puesto esta vez a la niña?

—Pues le hemos puesto «Mediela».

—¡Vaya nombrecitos que os gastáis los raposos!

A los dos o tres días, la zorra ya no podía resistir las ganas de liquidarse la olla y va y dice:

—Se conoce que es el tiempo, porque otra amiga mía acaba de tener una raposina lindísima.

—Y de seguro que te ha invitado al bautizo y que yo no puedo ir.

—Hombre, ya sabes que estas cosas son así —dijo la zorra, y pegó un salto. En un momento llegó al roble, cogió su olla y la relamió hasta el fondo. De vuelta a su casa, le pregunta el lobo:

—¿Y mi hueso?

—No te lo querrás creer —dijo la zorra—, pero ya lo tenía guardado cuando vino otra zorra por detrás y me lo quitó.

—Está bien, mujer. Ya no me coge de sorpresa. ¿Y a la raposina, cómo le habéis

puesto?

—Pues le hemos puesto «Acabéla», y seguramente ya no habrá más bautizos en una temporada.

Bueno, pues llegaron los carnavales y dice el lobo:

—¿Te acuerdas de la olla de miel que guardamos en aquel roble?

—Claro que me acuerdo. Pero mejor la dejaremos para el año que viene. Es bueno que endurezca más.

—No, que puede perderse. Mejor vamos a comérmola.

La zorra enseguida discurrió otra cosa, y dice:

—De acuerdo, pero vamos a ir cada uno por un sitio, y el que llegue antes se lleva la mejor parte.

Y así lo hicieron. La zorra no se dio ninguna prisa, sino que se entretuvo todo lo que quiso y más. En cambio, el lobo fue corriendo como el rayo y llegó al roble mucho antes que su compañera. Cuando cogió la olla y la vio completamente vacía, se dijo:

—Con razón me decían a mí las lobas que las zorras son muy listas.

Al rato llegó la zorra.

—¡Ay, zorrita, cómo me has engañado!

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—De sobra lo sabes. No has dejado ni rastro de miel.

—¿Y no habrás sido tú? —dijo la zorra.

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa?

—A ver. Tú has llegado antes que yo y nadie ha visto lo que aquí ha pasado.

—Está bien, mujer. ¿Para qué vamos a porfiar entonces? Mejor será que nos echemos la siesta, y el que la sude, ése es el que se ha comido la miel.

La zorra estuvo de acuerdo y los dos se echaron a los pies del roble a dormir la siesta. Pero la zorra no se durmió, aunque cerró los ojos. El lobo, en cambio, al poco rato

estaba como un tronco. La zorra entonces se levantó y le meó en los hocicos. Luego se volvió a echar. Se despertó el lobo al ratito y llamó a la zorra:

—Vamos a ver quién la ha sudado.

—Vamos a verlo —dijo la zorra—. ¡Anda, mírate los hocicos! ¡Si todavía estás babeando de gusto!

El lobo no pudo comprender lo que había pasado, pero pensó: «Con razón me decían a mí las lobas...».